

# Gonzalo Díaz y su festín

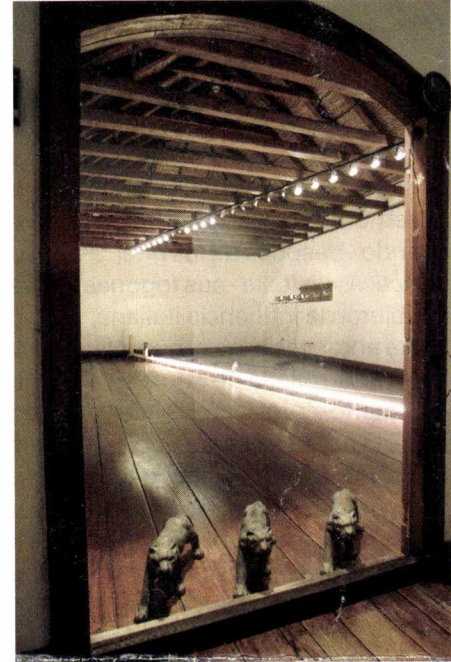
Un hipnótico y rítmico golpeteo se escucha al entrar a la galería Posada del Corregidor, ubicada en Esmeralda 749. Proviene del segundo piso, donde hasta mediados de mes, permanece la última instalación de Gonzalo Díaz, aplaudida por colegas y entendidos. Una vez arriba, el espectador se topa con un vidrio que imposibilita la entrada. Paralelamente, tres pequeños felinos de bronce alineados en el piso resguardan la obra tras la transparente barrera. Dentro de la sala, una pasarela de madera iluminada dramáticamente la cruza en diagonal, creando una atmósfera íntima, aunque también tenebrosa. Es allí donde aparece el motivo del golpeteo inicial: un lujoso zapato de taco aguja que taconeó —accionado por un sistema mecanizado— sobre la madera. Por último, tres proyectores arrojan las palabras *Mane, Tesel y Fares* sobre una placa de mármol colgada en la pared.

La médula temática de la obra descansa en la interpretación de ciertos momentos escogidos del fascinante relato bíblico que narra la fiesta profana y sacrílega que dio el rey Baltasar antes de la caída de Babilonia, hecho que fue anunciado por una misteriosa mano que escribió la apocalíptica e indescifrable sentencia en uno de los muros del palacio, y que fue interpretada por el profeta Daniel a pedido de la reina. De esta manera, los objetos presentados funcionan como símbolos o metáforas, correspondiendo los leones a Daniel, el zapato a la reina y las proyectoras a la “mano misteriosa”.

El sentido poético de esta instalación no es único y no tiene por qué ser tan literal. Tiene infinitas aristas que tocan varios temas, los que se activan dependiendo de la sensibilidad de cada observador. Por ejemplo, no se puede dejar de mencionar la inmensa fuerza visual de ese zapato solitario que

acarrea consigo todos los prejuicios y suposiciones de quienes usan ese tipo de calzado. Por otro lado, haciéndose fantasmal y evidenciando la ausencia de un cuerpo, impulsa un decidor vacío que inunda la sala. Serpentea también el concepto de fetiche e incluso podemos llegar a sospechar que algo tiene que ver el tema de la mujer, de lo artificial, de lo apremiante del tiempo; en fin, de los síntomas de una sociedad que se desarrolla tan aceleradamente que va dejando carencias y descalces. He ahí la vigencia y la importancia de este trabajo. En su capacidad de adecuarse a cualquier tiempo y espacio, a ser entendida desde otras perspectivas.

El resultado, pues, de este



híbrido conjunto es inquietante. Sus componentes se potencian mutuamente en una puesta en escena que podríamos catalogar de conceptual, mínima, exigente y también elegante. Y aunque los mensajes son complejos y sofisticados, el raudal de sensaciones arremete con la fuerza acostumbrada en la obra de Díaz.